



Renegado

Cordell Scotten



www.facebook.com/tombooktu
www.tombooktu.blogspot.com
www.twitter.com/tombooktu
#Renegado

Colección: Tombooktu Asimov
www.asimov.tombooktu.com
www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:
www.nowtilus.com

Si eres escritor contacta con Tombooktu:
www.facebook.com/editortombooktu

Título: *Renegado*

Autor: © Cordell Scotten

Traducción: Miguel Giménez Sales

Traducción cedida por Editorial Molino

Edición original en lengua inglesa:

© Byron Preiss Visual Publications, Inc.

© Del prólogo: Nightfall, Inc.

Copyright de la presente edición en lengua castellana:

© 2013 Ediciones Nowtilus S. L.

Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027, Madrid

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN Papel: 978-84-15747-22-2

ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-9967-455-1

ISBN Digital: 978-84-9967-456-8

Fecha de publicación: Abril 2013

Impreso en España

Imprime: Servicepoint

Maquetación: Alejandro Gómez-Cordobés Arderiu

Déposito legal: M-37056-2012

Índice

Leyes de la Robótica	9
Robots notables	11
I. Los ceremonios	19
II. La sima abovedada	27
III. La historia de Wohler-9	37
IV. Diálogo	47
V. Callejón sin salida	53
VI. Intriga	61
VII. Crisis	65
VIII. El planeta de los lobos	75
IX. Perspicacia	85
X. Neuronius se sorprende	93
XI. SOS	101
XII. Wolruf inspeccionada	109
XIII. Votación jerárquica	115
XIV. Buenas noticias	125
XV. Reunión	133

XVI. El agrobiólogo	139
XVII. El cerebot	143
XVIII. La visita negra	157
XIX. La ley Humánica.....	165
XX. Neuronius contraataca	171
XXI. Intervalo	179
XXII. El huevo	189
XXIII. Una última clonación.....	197
XXIV. Adán Plateado, granjero	203
XXV. Neuronius vuelve a atacar	209
XXVI. El proyecto de Adán	215
XXVII. Neuronius abandona el ataque.....	219
XXVIII. Un triste ritual	225
XXIX. Esquilar	229
XXX. Un «canto del cisne»	237
Las claves de <i>Renegado</i>	243
Otros títulos de la colección.....	247

Leyes de la Robótica

1. Un robot no puede causar daño a un ser humano ni, por omisión, permitir que un ser humano sufra daños.
2. Un robot debe obedecer las órdenes dadas por los seres humanos, salvo cuando tales órdenes entren en conflicto con la primera ley.
3. Un robot ha de proteger su existencia, siempre que dicha protección no entre en conflicto con la primera o la segunda ley.

Robots notables

Isaac Asimov

Mis novelas y relatos sobre robots parecen haberse convertido en clásicos por derecho propio y, con la publicación de la serie de novelas de *Robots & Aliens*, se han convertido asimismo en el amplio universo literario de otros escritores. En tales circunstancias, podría ser útil recordar mis relatos de robots y describir algunos de los que creo que tienen un significado especial, explicando por qué pienso que lo tienen.

1. *Robbie*. Esta fue la primera narración que escribí sobre robots. La compuse entre el 10 y el 22 de mayo de 1939, a los 19 años de edad, y a punto de graduarme en la universidad. Tuve muchas dificultades para colocarla, pues John W. Campbell la rechazó, lo mismo que *Amazing Stories*. Sin embargo, Fred Pohl la aceptó el 25 de marzo de 1940, y apareció en septiembre del mismo año en *Super Science Stories*, que editaba Fred Pohl. Como Fred Pohl era Fred Pohl, cambió el título por *Strange Playfellow*, pero yo volví a cambiarlo cuando lo incluí en mi libro *Yo, Robot*, y apareció como *Robbie* en todas las sucesivas reencarnaciones. Aparte de ser mi primer relato de robots, *Robbie* es significativo porque, en él, George Weston le dice a su esposa, en defensa de un robot que hace de nodriza: «No puede dejar de ser leal, amante y amable. Es una máquina... hecha de este modo». En mi primer relato, este es el primer indicio de lo que eventualmente llegó a ser la primera ley

de la Robótica, y del hecho básico de que los robots fuesen contruidos con reglas de seguridad innatas.

2. *Reason (Razón)*. *Robbie* no habría significado nada por sí mismo, de no haber escrito yo más relatos de robots, especialmente por haber aparecido en una revista de escasa importancia. Sin embargo, escribí una segunda narración de robots: *Reason*, y esta le gustó a John Campbell. Después de cierta revisión, apareció en el número de abril de 1941 de *Astounding Science Fiction* y despertó el interés del público. Los lectores se enteraron de que había una cosa llamada «robots positrónicos», y también se enteró Campbell, lo cual hizo posible todo lo que siguió.

3. *Liar (Embustero)*. En el número siguiente de *Astounding*, en mayo de 1941, apareció mi tercer relato de robots: *Liar*. La importancia de esta historia es que en ella presentaba a Susan Calvin, que se convirtió en la protagonista de mis primeros relatos sobre robots. Esta narración empecé a escribirla de una manera algo torpe, debido principalmente a que trata de las relaciones entre ambos. sexos, en una época en que todavía no había salido con ninguna joven. Por fortuna, aprendo rápidamente y, en esta historia, introduje varios cambios significativos antes de permitir que apareciese en *Yo, Robot*.

4. *Runaround*. La historia de robots que siguió a las anteriores, en el número de marzo de 1942 de *Astounding*, fue la primera narración en la que presenté las tres leyes de la Robótica de manera explícita y no implícita. En ella, un personaje, Gregory Powell, le dice a otro, Michael Donovan: «Mira, empecemos con las tres reglas fundamentales de la Robótica, las tres reglas que están más profundamente grabadas en el cerebro positrónico de un robot». Y entonces, las recita.

Más adelante las denominé leyes de la Robótica y su importancia para mí es triple:

- a) Me guiaron al forjar mis argumentos y me permitieron escribir muchas historias cortas, y también varias novelas basadas en robots. En estas, estudié constantemente las consecuencias de las tres leyes.
- b) En realidad, se trata de mi invención literaria más famosa, citada por otros autores. Si todo lo

- que he escrito debe ser olvidado algún día, las tres leyes de la Robótica serán, seguramente, las últimas en morir.
- c) El pasaje de *Runaround*, antes citado, constituyó el primer párrafo en que el vocablo «robótica» fue impreso en lengua inglesa. Por consiguiente, soy el inventor de la palabra (y también de «robótico», «positrónico» y «psicohistoria») que constan en el Diccionario Inglés de Oxford, que se toma la molestia de citar las tres leyes. (Todas estas cosas fueron creadas en mi 22.º aniversario y me temo que, desde entonces, no he creado nada, lo que me imbuje pensamientos bastante tristes).

5. *Evidence* (Evidencia). Esta fue la única historia que escribí mientras estaba en el ejército durante 8 meses y 26 días. En cierto momento, convencí a una amable bibliotecaria que me dejase quedarme en la biblioteca durante el almuerzo, estando ya cerrada, a fin de poder trabajar en la historia. Fue la primera en la que utilicé un robot humanoide. Stephen Byerley, el robot humanoide en cuestión (aunque en la obra no dejó bien claro si se trata de un robot o no), representa mi primer abordamiento de R. Daneel Olivaw, el robot humaniforme que aparece en algunas de mis novelas. *Evidence* apareció en el número de septiembre de 1946 de *Astounding Science Fiction*.

6. *Little Lost Robot* (El pequeño robot perdido). Mis robots tienden a ser entidades casi perfectas. En realidad, a medida que progresaban los relatos, iban ganando en cualidades éticas y morales hasta superar a los seres humanos y, en el caso de Daneel, se acercaban a la perfección. Sin embargo, no tenía la intención de limitarme a los robots como nuestros salvadores. Seguí, pues, los vientos de mi imaginación adonde me llevaban, y fui capaz de considerar los aspectos menos confortables del fenómeno de los robots.

Muchos años después de que este libro viera la luz, recibí la carta de un lector que me acusaba de que, en un relato de robots mío que acababa de publicarse, yo mostraba el aspecto peligroso de los robots. Me acusaba, en efecto, de un fallo de coherencia.

Que estaba equivocado se demuestra en *Little Lost Robot*, donde un robot es el traidor, aunque la historia apareciera casi medio siglo atrás. El aspecto negativo de los robots no es el resultado de un fallo de coherencia, originado por mi avanzada edad y mi decrepitud, sino que ha sido una preocupación constante a lo largo de toda mi carrera.

7. *The Evitable Conflict* (El conflicto evitable). Fue una continuación de *Evidence* y apareció en el número de junio de 1950 de *Astounding*. Fue la primera narración que escribí tratando principalmente con ordenadores (en el relato los llamaba «máquinas»), más que con robots. La diferencia no es importante. A un robot se le puede definir como «una máquina computerizada» o como «un ordenador móvil». También puede considerarse a un ordenador como un «robot inmóvil». En cualquier caso, no distingo claramente entre los dos, aunque las «máquinas», que no aparecen físicamente en el relato, son claramente ordenadores. Incluí la historia sin vacilación en mi colección de robots *Yo, Robot*, y no objetaron nada ni el editor ni los lectores. Sí, Stephen Byerley sale en la novelita, pero no juega ningún papel la cuestión de su roboticidad.

8. *Franchise*. Esta fue la primera historia en que traté con ordenadores como tales, sin pensar en ellos como robots. Se publicó en el número de agosto de 1955 de *If: Words of Science Fiction*, y por entonces yo ya estaba familiarizado con la existencia de los ordenadores. Mi ordenador era un Multivac, diseñado como una versión mayor y más compleja del, por aquel entonces ya existente, Univac. Lo describí como una máquina tremendamente grande, aunque me faltó la oportunidad de predecir la miniaturización y aumento de capacidad de los ordenadores.

9. *The Last Question* (La última pregunta). Mi imaginación no me traicionó, no obstante, mucho tiempo. En *The Last Question*, que apareció en el número de noviembre de 1956 de *Science Fiction Quarterly*, discutí la miniaturización y progreso de los ordenadores y seguí a través de un trillón de años de evolución (tanto de los ordenadores como del hombre) hasta llegar a una conclusión lógica pero, para descubrirla, es preciso leer

el relato... Es, fuera de toda cuestión, mi favorita entre todas las historias que he escrito durante mi carrera.

10. *The Feeling of Power* (*Sensación de poder*). La miniaturización de los ordenadores desempeñó un pequeño papel como consecuencia colateral en esta historia. Se publicó en el número de febrero de 1958 de *If*, y también es una de mis favoritas. En esta historia, traté con ordenadores de bolsillo que no debían aparecer a la venta hasta diez o quince años más tarde, después de la publicación de la historia. Además, fue una de las narraciones en que predije con acierto la implicación social del adelanto tecnológico, en lugar del adelanto tecnológico en sí mismo.

La historia se refiere a nuestra posible pérdida de la capacidad de efectuar cálculos aritméticos simples, a través del uso perpetuo de los ordenadores. Lo escribí como una sátira que combinaba pasajes de humor con otros de amarga ironía, pero en realidad escribí más de lo que sabía. Aquellos días poseía una calculadora de bolsillo y gruñía contra el tiempo y el esfuerzo que me costaba restar 182 de 854. Ahora utilizo siempre la maldita maquineta. *The Feeling of Power* es una de mis historias que aparecen con más frecuencia en las antologías.

En cierto modo, el relato muestra el aspecto negativo de los ordenadores y, en aquel período, también escribí historias que mostraban las posibles reacciones vengadoras de los ordenadores o robots maltratados. Para los ordenadores, está *Someday*, publicado en el número de agosto de 1956 de *Infinity Science Fiction*; y para los robots (en forma de automóvil), *Sally*, que apareció en el número de mayo-junio de 1953 de *Fantastic*.

11. *Intuición femenina*. Mis robots casi siempre son masculinos, aunque no necesariamente en el verdadero sentido del género. Al fin y al cabo, les doy nombres masculinos y me refiero a ellos en este sentido. Por sugerencia de una mujer editora, Judy-Lynn del Rey, escribí *Intuición femenina*, publicado en el número de octubre de 1969 en *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*. Demostraba, por un lado, que también puedo describir a un robot femenino. Más tarde, en mi libro *Robots e Imperio*, hay un capítulo en que un robot humanoide femenino desempeña un papel importante. Es una traidora, cosa que podría sorprender a los que conocen mi

frecuentemente manifiesta admiración por la mitad femenina de la humanidad.

12. *El hombre bicentenario*. Esta historia, publicada en 1976 en una antología de bolsillo de ciencia ficción original, *Stellar 42*, editada por Judy-Lynn del Rey, fue mi exposición más meditada del desarrollo de los robots. Los seguía en una dirección completamente diferente a la que había tomado en *The Last Question*. Trata del deseo de un robot de convertirse en hombre y de la manera en que lleva a cabo dicho deseo, paso a paso. También llevé el argumento hasta su conclusión lógica. No tenía intención de escribir esta historia cuando empecé. La escribí, y le di mil vueltas en la máquina de escribir. Acabó siendo mi tercera favorita entre todas mis historias. Antes que ella, sólo cuento *The Last Question* ya mencionada y *The Ugly Little Boy*, que no es un relato de robots.

13. *Bóvedas de acero*. Mientras tanto, y a sugerencia de Horace L. Gold, editor de *Galaxy*, había escrito una novela de robots. Me había resistido a hacerlo porque creía que mis ideas sobre los robots sólo encajaban en las historias cortas. Gold, no obstante, sugirió que escribiese un misterio con asesinato, con un detective robot. Seguí la sugerencia en parte. Mi detective era un humano completo, Elijah Baley (tal vez el personaje más atractivo de los que he inventado, en mi opinión), pero con un robot colega, R. Daneel Olivaw. En el libro, según creo, conseguí la perfecta fusión de misterio y ciencia ficción. Apareció en los números de octubre, noviembre y diciembre de 1953 de *Galaxy*, y Doubleday la publicó como novela en 1954.

Lo que me sorprendió de este libro fue la reacción de los lectores. Si bien aprobaban a Elijah Baley, su total interés residía en Daneel, al que yo había tratado como un personaje secundario. La aprobación fue especialmente intensa entre las mujeres que me escribieron. (Trece años después de haber yo inventado a Daneel, la serie televisiva *Star Trek* apareció en las pantallas con un Mr. Spock muy semejante a Daneel, cosa que no me molestó, y observé que las telespectadoras quedaban muy interesadas en él. No pretendo analizar este extremo).

14. *El sol desnudo*. La popularidad de Elijah y Daneel me indujo a escribir una segunda parte: *El sol desnudo*, que se publicó como

serial de tres partes en los números de octubre, noviembre y diciembre de 1957. Naturalmente, parecía lógica la repetición del éxito en una tercera novela. Incluso empecé a escribirla en 1958, pero las cosas no fueron por ese camino y, entre diversos avatares, no terminé de escribirla hasta 1983.

15. *Robots del amanecer*. Esta, la tercera novela de la serie de Eliah Baly R. Daneel, la publicó Doubleday en 1983. En ella introduce a un segundo robot: R. Giskard Reventlov, y esta vez no me sorprendió que se hiciera tan popular como R. Daneel.

16. *Robots e Imperio*. Cuando fue necesario dejar que Elijah Baley muriese (por vejez), creí que no tendría problemas en añadir un cuarto volumen a la serie, siempre que viviera Daneel. El cuarto libro, *Robots e Imperio*, lo publicó Doubleday en 1985. La muerte de Elijah provocó cierta reacción, pero nada en comparación con el alud de cartas de pésame que recibí cuando las exigencias del argumento hicieron necesario que también muriese R. Giskard.

De modo que mis relatos de robots casi han tenido tanto éxito como mis libros de la *Fundación*; y si el lector desea conocer la verdad (en un susurro, claro, y por favor, guarden esto como una confidencia), me gustan más mis relatos de robots.

En esta obra, *Renegado*, Cordell Scotten ha escrito una excelente muestra de por qué me gustan las historias de robots. En esta intrigante y complicada historia, se desarrolla una simple cuestión derivada de las leyes: «¿Cuál es el ser más humano?».



I

Los ceremonios

Ascendiendo suavemente, calentándose al sol, los dos cuerpos negros trazaban círculos por encima de una cúpula transparente, una irregularidad que se aproximaba a la perfección sobre la superficie del planeta. Tan alta como una montaña, la transparencia iridiscente, vista desde fuera, cubría una zona circular y lisa de la superficie del planeta de dos kilómetros de diámetro, excepto por un corte angular (un sector todavía no cubierto) de diez grados. Mirando por aquella abertura, se observaban unas estructuras que cubrían toda la zona interior, construidas paradójicamente en un terreno sin excavar. La más asombrosa de tales estructuras era una pirámide elevada, empinada, centrada bajo la cúpula.

Los dos cuerpos negros flotaban separados a la distancia de sus alas extendidas, cinco veces la longitud del brazo de un robot Avery, los cuales evacuaban la cúpula por el sector no cubierto. Los dos cuerpos negros sabían que aquellos robots se llamaban «robots Avery», aunque para ellos carecía de significado más allá de su entonación.

—La construcción de la cúpula se retrasó por tu ausencia de ayer, Sarco —le dijo uno al otro—, y debo darte las gracias por esto. Necesitabas el día libre. Por desgracia, el trabajo sólo se retrasó. Habría sido más beneficiosa una interrupción completa.

—Eres un granuja —replicó el tal Sarco, con sus ojos escarlata brillando como tizones encendidos, muy profundos en un

cuerpo diabólicamente negro—. Seguro que dispusiste que un Avery me soltara mientras yo estaba enganchado anoche.

Ambos seres tenían una forma idéntica: un diminuto, pero poderoso, gancho blancuzco, semejante a un pico curvado, surgía por en medio de unos ojos enrojecidos y muy luminosos; una fronda, como un tallo de encaje plateado, ondeaba como una cola, lánguidamente, al otro extremo. Pero, por lo demás, los cuerpos estaban desprovistos de detalles visibles, salvo en su aspecto de figuras aladas. Algunos pliegues en el pellejo y demás posibles líneas de demarcación se perdían en la suave negrura.

—¿Te soltaron? —inquirió el primero.

—No te hagas el inocentón, Sinapo. Alguien me desenganchó anoche y, cuando derivé hacia la salida del sol, estaba sobre Barneup. Tardé el día entero en volver. ¿Has tratado alguna vez de hacer crecer un nuevo gancho por el camino?

—Pareces un poco agotado. Claro que yo también lo estoy. Intentar sacarle algo con sentido a Wohler-9 es agotador, y eso que es el mejor de los Avery. Hoy he aprendido muy poco. A los dos nos conviene descansar; creo que sería recomendable engancharnos temprano. Nos veremos por la mañana, Sarco.

—¡Aguarda! ¡No puedes irte tan pronto!

Pero Sinapo ya se había convertido en una bola y estaba cayendo, casi como una piedra, a gran velocidad, muy lejos del oído de Sarco, que suspiró con una suave emisión de oxígeno puro y un débil rastro de amoníaco. Pero Sarco no siguió inmediatamente a su compañero. Cuando Sinapo se aproximaba a la superficie del planeta, empezó a frenar, desenrollando de su cuello la dura y transparente correa de su reflector, dejando que ondulase y susurrase en su estela, arrastrándolo como si tuviese echada el ancla. Al aproximarse a los árboles que rodeaban la cúpula, lejos de la abertura, escondió su reflector y desdobló los pliegues transparentes de su pellejo dejando sólo visibles su gancho y sus ojos.

Comenzó a inflar el reflector con pausados chorros de hidrógeno comprimido, disipando así su impulso y retrasando su descenso hasta que apenas dejó de derivar. Diez metros por encima de una conífera bastante alta, soltó su diminuto gancho

y la correa del reflector y, cuando aquel quedó enganchado a una rama lo suficiente robusta, sobrevino una emisión final de hidrógeno que llenó el reflector, borrando la última rugosidad y dejando una superficie lisa e impoluta como un espejo. De inmediato, la correa quedó tensa entre el inflado reflector y la rama.

Sinapo inició el meticuloso proceso de desenrollar sus entumecidas fibras, derivando por la tensa correa, quedando así suspendido de su propio pellejo. Sus células de energía no llegaron a saturarse del todo con el efecto termoeléctrico diurno que produce el calor irradiado por el sol, como normalmente lo hubiesen estado si los alienígenas no hubieran perturbado la atmósfera. Aquel día, Sinapo había estado muy poco tiempo expuesto a la escasa radiación, si bien es cierto que muy poca radiación se había escapado de la perfecta absorción de «cuerpo negro» de su pellejo¹.

La energía acumulada estaba allí, exceptuando la poca que consumió para sus lánguidos movimientos, para electrolizar el agua y comprimir el hidrógeno, y la inherente a su intensa actividad de pensar, además del consumo habitual de aquel día para conversar (si podía llamarse así) con Wohler-9. Sin embargo, le quedaba una reserva suficiente de energía en sus células. Gastaría muy poca durante la noche, sólo la cantidad precisa para mantener la temperatura corporal y hacer frente a la minúscula cantidad de energía disipada por la radiación del pellejo plateado de su reflector.

Sarco permaneció arriba hasta que Sinapo se trabó. Luego, se transformó también en una bola y descendió, trabándose muy cerca a fin de poder encontrarse frente a Sinapo a la mañana siguiente.

Los robots Avery continuaban saliendo del sector abierto de la bóveda como hormigas abandonando su hormiguero. El crepúsculo caía rápidamente, pero la noche no iba a dificultar su operación.

Wohler-9 estaba justo fuera del sector abierto. Había contemplado la caída de Sinapo y Sarco, pero no les había distinguido

¹ Un *cuerpo negro* es una entidad física teórica que absorbe toda la radiación incidente, sin reflejar nada de ella. Radiador ideal.

del resto de los cuerpos negros que, media hora más tarde, empezaron a caer del cielo como el suave descenso de nieve negra que se fundiese al aproximarse a la superficie, para brillar como gotas de lluvia, unas gotas de lluvia inversa y milagrosamente suspendidas encima de los árboles como desafiando a la gravedad.

Cuando la diminuta cantidad de luz solar absorbida empezó a calentar el reflector de Sinapo a la mañana siguiente, este se despertó y empezó a desinflarse. Cuando su gancho quedó libre, replegó su correa y derivó hasta el suelo, fuera del follaje periférico del árbol.

Al llegar al suelo, abrió la costura frontal de su reflector y se cubrió con él como un batín para preservar el calor de su cuerpo. Anadeó sobre sus dos cortas patas a través del bosque hasta un riachuelo. Sarco ya estaba allí, desayunando y aguardándole. Su gancho estaba invertido en una posición no agresiva, lo cual era una buena señal. Sin embargo, estaba desayunando. No era posible esperar otra cosa. La cólera no puede subsistir junto a las intensas satisfacciones de un ser.

Durante la noche, la emplumada unión fría que sobresalía del anca de Sinapo se había calentado, y los millones de uniones calientes distribuidas por su negrísima piel se habían enfriado, de manera que las uniones frías y calientes se hallaban ahora a una misma temperatura, y él había ayudado toda la noche. Ahora, mientras se dirigía al riachuelo al lado de Sarco, con su reflector muy apretado en torno a su espalda para atirantarlo delante de sí, se agachó para hundir su unión fría en el agua helada, tras lo cual suspiró de contento cuando el fresco fluido eléctrico pasó a sus células de energía. La fresca inyección matutina era el mejor momento de todo el día.

Ninguno de los dos habló, como era su costumbre en el desayuno, pues no solían hacerlo hasta volver a volar. Hablar, a menos que les obligasen algunas exigencias, como la discusión con Wohler-9, era estrictamente un proceso de desgaste, que consumía oxígeno sobrante de la producción electrolítica del hidrógeno vital. Electrolizar, teniendo sus bolsas de hidrógeno llenas, sólo para generar el oxígeno necesario para hablar, era

un lujo que apenas se permitían y una necesidad únicamente bajo las circunstancias más extrañas.

Esta mañana, no obstante, Sinapo planeaba estar solamente una hora en el aire antes de reanudar su discusión con Wohler-9. Lo había calculado de esta manera para poder vigilar a los miosotrianos en su trabajo, como llevaba haciendo desde hacía unos días. Descargaría sus células más allá de la confortabilidad (siempre estaba hambriento), pues por lo menos generaría hidrógeno durante la discusión y no perdería fluido como ocurriría en caso contrario. Este era un pobre consuelo cuando su depósito de energía vital descendía más y más cada vez. Pero Sinapo creía que la discusión era fundamental, no por lo que le había revelado hasta ahora sino por lo que prometía revelar en el futuro.

Terminado el desayuno y con las fibras de sus reflectores apretadamente enrolladas en collares transparentes, ambos empezaron a ascender a la altitud de carga.

Sinapo, seguido de Sarco, iba dando vueltas lentamente hacia arriba con aleteos lánguidos pero poderosos de sus grandes alas. Mantenía la iridiscencia hemisférica centrada abajo para que, al finalizar su corta carga, cayese rápidamente al sector abierto donde podría divisar a Wohler-9 todavía vigilando, justo donde estaba cuando Sinapo bajó para trabarse la noche anterior.

Cuando llegaron a una altitud conveniente, Sinapo retardó sus aleteos y giro sobre su espalda, con Sarco más abajo manteniendo las alas extendidas, lo que le daba al primero la posición dominante a la que tenía derecho como interrogador. Este había sido el meollo de su conversación la tarde precedente cuando Sinapo la dio por terminada unilateralmente.

—Sarco, ¿qué estabas diciendo?

—Olvídalo —replicó Sarco—. Mi correa fue cortada, y anoche estaba enfadado, pero no tiene importancia. Un nuevo gancho y una noche de descanso, y todo quedará olvidado.

«Bien, pero no fue un Avery, sino mi propio aliento abrasador el que te envié de paseo al amanecer», pensó Sinapo.

No habría empleado un truco tan infantil si la situación no lo hubiese requerido. El recuerdo de tal truco no se esfumaba, perturbando su conciencia.

—Lo importante —continuó Sarco— es lograr que el tiempo vuelva a estar bajo control y se detenga el maldito chirrido de esos pequeños alienígenas en la hiperonda. Tendré al tiempo bajo control tan pronto como mi gente termine de neutralizar ese nodo perturbador del tiempo. Me imagino que habré completado el compensador pasado mañana. Claro que el ruido de la hiperonda nos está volviendo locos, Sinapo. ¿No han oído hablar esos retrasados mentales de la modulación continua?

—Naturalmente, con ese sistema llegaron —respondió Sinapo—. Pero su extraña modulación de la hiperonda y nuestra pequeña incomodidad con la modulación cruzada en nuestros canales continuos son un problema menor. El verdadero problema es tu construcción del compensador del nodo. Es una equivocación, Sarco. Habrás paralizado a los alienígenas sólo temporalmente. Y si estoy en lo cierto, como cada vez estoy más seguro de estarlo, sólo habrás logrado paralizar un grupo de servidores, y probablemente no por mucho tiempo, pero habrás irritado a sus amos, tan seguro como que el Gran Petero es nuestro guía.

—¿Qué queréis los cerebrones? Al menos los miostrianos² emprendemos alguna acción.

—Ayer tuvimos una conferencia —aclaró Sinapo—. Todos estuvieron de acuerdo en que me hallo cerca de un acuerdo con Wohler-9. Y tú, hagas lo que hagas, no cierres el compensador. Ya has conseguido más del noventa y cinco por ciento de compensación. Meteorológicamente, ya has vencido.

—Tienes hasta el cénit de pasado mañana para obtener tu acuerdo, Sinapo.

No servía de nada seguir discutiendo. Sinapo rodó lejos de Sarco y derivó a la izquierda mientras descendía por un gradiente de temperatura a un estrato ligeramente más frío. El gradiente invertido tan temprano era una medida del trastorno meteorológico (los efectos residuales de las creaciones alienígenas), que la bóveda terminada eliminaría.

² N. del T.: en algunos contextos, el nombre plural de la tribu miostriana quedaría mejor traducido como Miostria, y el nombre racial ceremión queda mejor traducido como Míocerón para reflejar el punto de vista miostriano.

Después de una hora de carga, Sinapo seguía hambriento, no obstante lo cual, se convirtió en un globo y cayó, con el viento silbando a través de la fronda emplumada de su unión fría, hasta que se aproximó a lo alto de la bóveda. Entonces, extendió lentamente sus alas, trazando un descenso que le llevó a efectuar una inspección circular muy completa de la cúpula.

Realizó una pasada un poco más baja alrededor de la bóveda, buscando cualquier signo de inestabilidad del espacio-tiempo. ¿Por qué le importaba tanto? La bóveda hubiera podido hundirse y no le habría importado. Pero era una costumbre, un asunto de orgullo profesional, orgullo en su carrera, orgullo en la gente de Sarco y en la tecnología que compartían con los cerebrones.

Mientras se dirigía de nuevo al sector abierto, pasó a un deslizamiento suave y, agitando apenas unas motas de polvo, descendió junto a Wohler-9, el robot Avery.

Sinapo ya tenía una buena idea de lo que era un robot Avery. También tenía un modesto conocimiento del lenguaje llamado estándar galáctico y, aunque no era muy común en esta parte de la galaxia, lo conocía gracias a los ocasionales estallidos de la hiperonda que les llegaban desde varios siglos antes. La traducción del lenguaje había sido lenta e incompleta, a falta de algo que hubiera podido servir de piedra Roseta, pero habían adquirido cierta percepción de la lógica de aquel lenguaje, en términos del análisis matemático de su estructura, y con Wohler-9 a mano (no como algo comparable a la mencionada piedra Roseta), su fluidez había progresado hasta la modesta habilidad de la que ahora gozaba Sinapo.

—Buenos días, Wohler-9 —le saludó Sinapo.

El robot giró lentamente su cabeza hasta que sus ojos talararon intensamente a Sinapo, pero, por lo demás, no dio señales de reconocimiento. Esto no molestó a Sinapo. En realidad, lo esperaba. Ahora sabía que el robot no le consideraba como su amo, por lo que no era digno de atención a menos que violase la programación básica del robot: la directriz principal y los tres principios de guía.

La directriz principal era erigir las monstruosidades que habían efectuado tales trastornos en el tiempo, por culpa

de las emisiones de energía y de partículas, pero que ahora estaban cubiertas y casi neutralizadas por el compensador. La perturbación había sido casi tan grande como la causada por el impacto de un meteoro gigantesco un cuarto de siglo antes.

La función de las monstruosidades aún no estaba clara, aparte de ser unas creaciones para los amos de los robots. Con un tiempo benigno, ya bajo su control, muchos eones antes, la noción de refugio y edificios, si alguna vez había existido, había desaparecido de la memoria racial de los cuerpos negros, perdida en la prehistoria.

—Tú informaste debidamente a tus amos de nuestra interferencia y pediste ayuda hace ya más de una mano de días, si traducimos tu mensaje correctamente. Todos los días te pregunto si has recibido más instrucciones entre los numerosos mensajes que hemos monitorizado en ambas direcciones. Hasta ahora, tus respuestas no han sido satisfactorias ni tranquilizadoras. Pero ahora tenemos razones para sospechar que has recibido alguna aclaración de la situación, si es que hemos entendido el mensaje que recibiste ayer por la mañana. Te mencioné dicho mensaje ayer por la tarde. Y ahora vuelvo a preguntártelo: ¿has recibido más instrucciones?

El robot siguió sin responder. Había vuelto a girar la cabeza para vigilar la procesión de robots y vehículos que salían de la bóveda, encaminándose al norte, a través de la llanura bordeada por el bosque.

—Completaremos el compensador, la bóveda, mañana, bloqueando así tu objetivo principal —añadió Sinapo.

Esto sí produjo una respuesta. Wohler-9 miró a Sinapo.

—Miss Ariel Welsh discutirá esto contigo cuando llegue esta tarde —dijo Wohler-9, y volvió a contemplar la evacuación.

No servía de nada continuar el diálogo. Sinapo se marchó de allí, encaminándose a la altitud de carga y a celebrar una conferencia con los cerebrones.

II

La sima abovedada

Ariel Welsh, según su costumbre, entró muy deprisa en una trayectoria que era demasiado tangencial, y rebotó por la atmósfera del planeta como una piedra al chocar con la superficie de una alberca.

—¡Maldición! —exclamó, lo que pareció calibrar un poco la situación. Le entregó los controles a Jacob Winterson, diciendo— Vamos, sigue tú.

—Debió pedírmelo un poco antes, miss Ariel —replicó el robot—, y reservarse para las negociaciones con los alienígenas. Pero le haré algunas sugerencias respecto a su trayectoria de llegada en general, que beneficiarán...

—¡Cierra el pico, Jake! —gritó Ariel con impaciencia.

Pese a esto, contempló al robot estrechamente y con gran admiración, no sólo por su estilo de pilotar sino por su soberbio aspecto. Especialmente, le gustaba contemplar sus flexibles bíceps.

Había adquirido el robot unos meses antes, como el capricho de una chica acaudalada para molestar a un novio celoso y rebelarse contra las costumbres de una sociedad auroriana excesivamente mojigata.

Los robots como R. Jacob Winterson no eran populares en el planeta Aurora. Ni los hombres ni las mujeres de Aurora deseaban ser superados por las líneas perfectas y la fuerza sobrehumana de un robot humaniforme. «Humaniforme»

era el término que su creador, el doctor Han Fastolfe, había usado para describirlos, buscando un término mejor que «humanoide», que no bastaba para describir a Jacob. Los robots Avery, semejantes al que ella había conocido como Wohler en el planeta Robot City, también podían ser descritos como humanoides, pero se hallaban muy lejos de la perfección de Jacob o de Plateada, el robot creado por la doctora Anastasi.

La simulación de un cuerpo bien musculado, como el de Jacob Winterson, era un reflejo de aquella época en que la fabricación corporal era moda en una sociedad auroriana muy estancada.

Ahora, ella lo contemplaba mientras él guiaba la nave, no más que un pequeño transbordador con una pequeña cabina para los dos. Ariel debía de haber utilizado el ordenador de la nave para obtener la debida trayectoria de aproximación al planeta, como Jacob estaba en vías de conseguir, pero había preferido volar al estilo *cowboy*, manualmente.

Ariel contemplaba los gruesos músculos que funcionaban en su cuello de toro, admiraba la flexibilidad de los bíceps del tamaño de una pata de piano, anudados con gruesas venas que pasaban a través de sus poderosos antebrazos.

Ariel había convencido a la anciana Vasilia Fastolfe, la hija pródiga del famoso doctor, para descender a las catacumbas existentes debajo del Instituto de Robótica de Aurora y extraer a Jacob de entre los trece humaniformes dejados allí después de la campaña abortada para venderlos al recalcitrante público de Aurora.

Ariel no había visto a Jacob desnudo, aunque esto lo ignoraba Derec. Vasilia lo había sacado de las profundidades totalmente vestido. Y parecía tan real, tan vivo en el sentido humano, que Ariel nunca había explorado bajo la superficie del abundante guardarropa que ella le había proporcionado después al robot. Le parecía como una invasión de su intimidad.

La idea le atraía, tenía que reconocerlo, pero no tanto como para sobreponerse a su lealtad hacia Derec. En su mente, su afán de molestar a Derec no era una forma de infidelidad, por mucho que fastidiase al muchacho. Como otras jóvenes que la habían precedido, Ariel no tenía la menor idea de lo mucho

que esto había molestado y herido a Derec; de lo contrario, no lo habría hecho.

En su tercera órbita, Jacob localizó su destino: el ocupado robot Wohler-9 lo había descrito por radio después de haber saltado la nave al sistema. A la sazón, Derec no estaba en la ciudad. Ariel había contado con oír la voz del joven.

Su destino era el iridiscente pozo, segundo en dimensiones, que habían divisado en el planeta, y el único con una serie de edificios que se extendía hasta el centro de la sima.

Jacob siguió una trayectoria que les llevaría a través de la atmósfera hasta un lugar de aterrizaje en la llanura, que se hallaba a medio kilómetro al norte de la cúpula, cerca del sendero de evacuación de los robots Avery. Y luego, con la ayuda del ordenador de la nave, ejecutó la maniobra sin ningún fallo. Desembarcaron a menos de cincuenta metros de la línea de evacuación y dieron órdenes a un robot correo para que acarrease los dos bultos de equipaje.

—Rumbo a la ciudad —murmuró Ariel sentándose en uno de los dos bultos y haciéndole una seña a Jacob para que se sentase sobre el otro. «Llévanos hasta Wohler», le habría gustado decir, pero el cerebro no positrónico del robot no habría podido interpretar ni ejecutar la orden.

Cuando se acercaban al sector abierto de la bóveda, que se elevaba un kilómetro sobre ellos, Ariel dijo:

—¿Puedes localizar a Wohler por radio, Jacob?

—Ya lo he hecho, miss Ariel —replicó Jacob—. Se encuentra a la derecha de la abertura de la bóveda. Allí —indicó el robot—. Junto a aquel transporte.

De cerca, la naturaleza iridiscente de la inmensa cúpula se tornó más grande, en tanto Ariel contemplaba, a través de la parpadeante pared de la bóveda, una sima que parecía sostener una ciudad construida sobre terreno sólido. Mirando a través de la pared y de la abertura al mismo tiempo, la ciudad parecía flotar sobre la excavación. Ariel se sintió realmente angustiada.

—Llévanos hasta Wohler —le ordenó al correo.

Desembarcaron junto al transporte y caminaron hasta Wohler, una imponente máquina dorada, de pie, frente al transporte, y de cara a la procesión de robots que evacuaban.

—Soy Ariel Welsh —se presentó ella.

—Lo sé —respondió Wohler-9.

—¿Qué pasa aquí?

—Trasladamos el material necesario para la construcción de una segunda Torre de la Brújula y una ciudad al otro lado de la llanura, a unos cinco kilómetros de distancia.

—¿Por qué?

—Esta bóveda pronto será completada por los alienígenas y bloqueará todo el tráfico que entre y salga de la ciudad.

—¿Por qué?

—Esto no está claro.

—¿Dónde está Derec Avery?

—No lo sé, puesto que no se halla en este planeta.

Ariel tardó un instante en asimilar la respuesta.

—¿Cuándo se marchó? —quiso saber.

—Nunca estuvo aquí —replicó el robot dorado.

La joven se sintió ligeramente enferma. Había entendido mal el débil mensaje de un ordenador central, que le había hecho creer que Derec estaba allí. Tenía que seguir hablando o lloraría. Había deseado ver pronto a Derec.

—¿Todos los supervisores de aquí pertenecen a la novena generación? —preguntó.

—No. Yo soy el único. Los demás son de la octava.

—¿Cómo sucedió esto?

—Wohler-1 se sacrificó para salvarte en la pared de la Torre de la Brújula de Robot City durante una tormenta que amenazaba tu vida, miss Welsh.

La fiebre de Burundi, a la que el doctor Avery la había expuesto, la llamada peste amnemónica, le había arrebatado los recuerdos. Sí, conservaba la memoria, pero había perdido las conexiones con la misma. Derec la había ayudado a restaurar los enlaces, aportando pistas de sus mutuas experiencias. El experimento particular referente a Wohler-1 debió ser excepcionalmente potente, ya que ahora su mente orquestaba esta pista en una sinfonía de emociones, a medida que la experiencia se condensaba en su conciencia. La culpabilidad de haber sido la causa del final de aquel magnífico robot dorado, superaba a su mal entendimiento del mensaje enviado

desde este planeta y la dejó abatida. Recobró su compostura a duras penas y luego preguntó bruscamente:

—¿Cuál es la naturaleza de la bóveda? ¿Por que no destruirla simplemente?

—Una sencilla demostración bastará para responder a tu pregunta, miss Welsh —contestó Wohler-9.

Extrajo una palanca cromada, de un metro de longitud, del costado del transporte, y echó a andar hacia el borde que flanqueaba el lado derecho de la abertura rielante de la cúpula.

Ariel y Jacob le siguieron y, al acercarse Ariel al interior de la bóveda, un poco por delante de Wohler-9, debido a su impetuosidad natural, pudo divisar muy de cerca la suave negrura del revestimiento, una negrura que señalaba el final del terreno y el comienzo de lo que parecía un espacio abierto.

Viendo aquello, experimentó un vértigo subjetivo. Le pareció que giraba en aquel espacio negro que la atraía, absorbiéndole la mente al mismo tiempo.

—Bajo ninguna circunstancia debes acercarte a menos de medio metro, miss Welsh —observó Wohler-9 mientras colocaba su brazo delante de ella.

Con esta advertencia, ella recobró el sentido y retrocedió hasta quedar a unos cuantos metros del borde. Se le despejó la cabeza y, desde aquella posición, logró distinguir las paredes exteriores y las interiores.

Wohler-9 se aproximó al borde de la pared, casi a medio metro solamente. Entonces se detuvo frente a la pared interior y exclamó:

—Y no te dejes engañar. La pared puede parecer falsamente lejana.

Acto seguido, adoptó la postura de un bateador de béisbol, y con un balanceo que hizo trazar a la palanca un arco horizontal y perpendicular a la pared, golpeó el borde de la bóveda con el centro de la palanca. Sin el menor sonido, el borde de la bóveda, como el filo de una herramienta superaguda, cortó la palanca casi por la mitad. El extremo libre de la palanca saltó lejos. El otro se quedó firmemente en las manos de Wohler-9 cuando concluyó su balanceo. Después, casualmente, arrojó aquel resto hacia la pared interior.

Los ojos de Ariel habían seguido el vuelo del extremo roto de la palanca hasta que chocó con el suelo. Luego, posó su mirada en Wohler-9 en el momento en que este arrojaba el pedazo que estaba en su mano al interior de la negrura.

Aquella pieza pareció curvarse en la negrura una fracción de la distancia que habría recorrido de haber sido arrojada directamente al aire con la misma fuerza, y después volvió describiendo una trayectoria parabólica calculada para no tocar a nadie. Cayó detrás del robot, a una distancia igual a la que habría recorrido de no estar delante de él la pared.

—Ahora, una segunda demostración aclarará las características externas de la bóveda —añadió Wohler-9.

Recogió la mitad de la palanca que acababa de volver de la negrura, dio unos pasos, la arrojó dentro del transporte, y extrajo dos secciones de un palo tubular del costado del vehículo. Cuando juntó las dos secciones, consiguió un palo de unos cinco metros de largo. De un cajoncito, sacó una pieza de tela blanca que desdobló y ató al palo para formar una bandera cuadrada de menos de cuatro metros por lado. Con el asta en la mano, se dirigió andando por la parte exterior de la bóveda hasta llegar a tres o cuatro metros del borde de la abertura. Ariel le siguió.

Iban caminando a lo largo del borde de una sima profunda y hemisférica de dos kilómetros de diámetro y uno de profundidad. Desde aquel punto de observación, no había ninguna señal de la ciudad que sabían que existía dentro de la sima.

—Bajo ninguna circunstancia dejes que una parte cualquiera de tu cuerpo toque o se proyecte dentro de la transparente bóveda —advirtió Wohler-9—. Esa parte ya jamás sería igual. Ahora, observa detenidamente la bandera.

Pasó la bandera a través del tembleteo de la bóveda. Pareció que desaparecía.

—Sí, es como si hubiese desaparecido —explicó el robot, blandiendo el palo al mismo tiempo—, pero mira cuidadosamente en el lado más lejano de la sima.

Al principio, Ariel no pudo ver nada raro al otro lado. Pero, al cabo de un momento, tras mirar atentamente, vio por fin

una pequeña bandera que ondulaba, muy lejos, a unos dos kilómetros de distancia, al otro lado.

Wohler-9 soltó el palo que todavía se encontraba dentro de la bóveda. No quedó plano sobre el suelo. El extremo más cercano quedó, en cambio, suspendido, inclinado en la bóveda. La pequeña bandera del otro lado de la misma había desaparecido en la hierba.

—Dos experimentos más —agregó Wohler-9—, para los cuales utilizaremos el transporte.

Dejó el palo en la bóveda, recuperó la otra mitad de la palanca en la hierba, la arrojó en el camión al lado de la primera mitad, y ocupó el asiento del conductor. Ariel se sentó inmediatamente detrás del robot dorado y Jacob se situó al lado de Wohler-9, quien al instante arrancó por el lado occidental de la bóveda, bien alejado del borde de la sima.

Se hallaban ya casi a mitad del recorrido alrededor de la bóveda antes de que Wohler-9 volviera a hablar.

—Ahora deberíamos llegar a ella —dijo entonces.

Ariel vio en aquel instante la bandera blanca en la hierba, con el palo sobresaliendo de la bóveda a unos centímetros sobre el suelo.

Wohler-9 detuvo el vehículo.

—No necesitáis salir.

Bajó del vehículo, cogió con cuidado el palo como si fuese un recuerdo frágil, retrocedió y le ofreció la bandera a Ariel.

—Sujétalo por el extremo —le advirtió.

Cuando ella obedeció, el robot movió su propio extremo como para doblarlo hacia ella y el palo se partió en dos.

—Pasar a través de la bóveda distorsiona la estructura cristalina estableciendo unas líneas de fuerza falsas de muy poca resistencia. Y ahora una última demostración, esta vez dentro de la bóveda.

Retrocedieron por donde habían venido y luego condujo a través de la abertura. El tráfico que salía de la bóveda cedía a su derecha el paso al camión, como si un ordenador dirigiese todo el tráfico... que era lo que hacía, en realidad, el ordenador central de la ciudad.

—Tomaremos la ruta periférica para evitar el embotellamiento del tráfico que desciende por la calle Mayor —manifestó

Wohler-9—, aunque por este camino resultará un poco más largo, exactamente la mitad de pi más largo.

Wohler-9 condujo velozmente hasta un punto situado a medio camino en torno al perímetro de la bóveda. Paró en la misma calle Mayor, la más próxima a la cúpula. Ariel miró calle abajo y divisó la Torre de la Brújula enmarcada en la abertura de la bóveda.

A continuación, Wohler-9 los llevó a la pared de la bóveda opuesta al final de la calle y le entregó a Ariel unos prismáticos, al tiempo que señalaba un pequeño objeto que brillaba en la oscuridad de la pared interior.

Ariel se llevó los prismáticos a los ojos y, con el enfoque en el punto infinito, apenas distinguió una forma que tenía el aspecto de una pequeña avioneta de dos plazas que venía hacia ellos con las luces de aterrizaje encendidas.

—Esta es nuestra prueba final de la bóveda que hemos empezado esta tarde —dijo Wohler-9—. En estos momentos, ese aparato se sostiene por la gravedad de la concavidad negra, a una distancia virtual de cuatro kilómetros. Viene hacia nosotros, pero permanece inmóvil cerca de la concavidad negra con sus motores de impulso situados a una capacidad del setenta y cinco por ciento, equivalente a una aceleración de diez *g*s. Planeamos traerlo hacia aquí ahora. Su combustible está casi agotado.

Ariel no podía apartar los prismáticos de sus ojos. Luego se los entregó a Jacob.

—Toma, quiero que grabes bien esto. Te necesito como testigo. Derec no lo creería.

—Gracias, miss Ariel —expresó Jacob—, pero con mi visión binocular con un aumento de cincuenta ya he grabado la extraña operación de este aparato.

Ariel estaba cansada. Había sido una jornada muy larga. Demasiado para un solo día. Excesivo para el estímulo sensorial, para las ideas raras, para las emociones. Echaba de menos a Derec y se sentía inadecuada para el desafío que representaba este mundo alienígena.

—A menos que tengas que hacer más demostraciones y exhibiciones, Wohler —murmuró—, me gustaría ducharme

y descansar. Más tarde, después de la cena, podrás darme un informe detallado.

—Ya he ordenado al avión que entre, miss Welsh —respondió Wohler-9—. Iremos inmediatamente hacia tu apartamento.

Mientras se dirigían en el camión por la calle Mayor hacia la Torre de la Brújula, el débil ruido del avión fue en aumento. Ariel se volvió a contemplar sus luces ya más brillantes en las tinieblas que rodeaban a la ciudad. Ariel tardó bastante en comprender todo lo que había visto en el breve espacio de tiempo que había transcurrido desde que conoció a Wohler-9.

Después, observó a simple vista cómo iba aumentando de tamaño el avión, hasta que surgió de la pared y zumbó en lo alto, descendiendo en espiral sobre la Torre de la Brújula, lejos de la abertura de la bóveda.